

**Autor invitado**

## **La Agricultura del 2000 Una oportunidad para humanizar el crecimiento**

**Eduardo Frei Ruiz-Tagle**

**S.E. el Presidente de la República de Chile**



**L**uego de décadas de extendidos conflictos en nuestra región, ha llegado un tiempo nuevo, cargado de nuevos desafíos y también de oportunidades. Estos son tiempos para crecer juntos, porque cada vez es más claro que todos somos partícipes de la gran comunidad latinoamericana y que el desarrollo y estabilidad de cada una de nuestras naciones están íntimamente ligados al destino de toda la región.

Se ha completado el ciclo histórico en el cual los países creían posible surgir encerrados en sí mismos, explotando sin límites sus recursos naturales y generando desequilibrios ambientales y sociales, con evidente impacto en los grupos más necesitados.

Sabemos, por otra parte, que la región enfrenta grandes desafíos para resolver sus actuales problemas. Entre ellos destacan: desarrollar y consolidar un proceso de modernización tecnológica que incremente la productividad de sus recursos; lograr una mayor internacionalización de sus economías; asegurar la incorporación de las economías campesinas al proceso de transformación de la agricultura; y la recuperación y conservación de los recursos naturales y del medio ambiente.

Son estas las tareas que debemos realizar para ofrecer a los actuales habitantes de nuestra América y las venideras generaciones una mejor calidad de vida, especialmente a aquellos que aún están sumidos en la pobreza extrema, excluidos de un mundo cada vez más exigente.

De esa manera, entre nuestras prioridades está la transformación productiva de la agricultura tradicional y extensiva. Este cambio depende fundamentalmente de enfrentar con decisión y creatividad las causas y no los síntomas del rezago que sufren los marginados y pobres del campo. Es especialmente importante diseñar y poner en

marcha un marco de políticas estables y coherentes con objetivos de largo plazo y que den garantías a todos los actores económicos y sociales. Así es posible construir un escenario propicio tanto para la inversión productiva como para aquella orientada a la gente.



Poder conjugar un crecimiento equitativo con la necesaria sustentabilidad que asegure el modelo de desarrollo sectorial, que además dignifique la vida en el campo, son parte de los grandes desafíos que debemos asumir.

Debemos hacer importantes avances en lo que se refiere a la capacitación de los trabajadores y trabajadoras de nuestras agriculturas. El valor agregado generado a través de mayores capacidades humanas implica no sólo avanzar en humanizar el cambio, sino también elevar la productividad y por lo mismo la competitividad general de nuestros países.

Temas como la migración campo-ciudad, las condiciones de vida de los trabajadores temporeros, así como la inserción de la mujer al mundo laboral agrícola y el mejoramiento de las condiciones de trabajo, son situaciones que se deben asumir y resolver con la participación del Estado, del sector privado y de los trabajadores, en un marco de colaboración.

Quiero referirme también al tema de la degradación ambiental y de los recursos naturales, producto del patrón de crecimiento económico seguido por la región y por la relación existente entre la extrema pobreza rural y la sobre explotación de los recursos. No podemos olvidar que el problema medio ambiental es, en muchos casos, otro de los rostros de la pobreza.

Nuestra región no está ajena a los catastróficos cambios sufridos por el medio ambiente y por sus recursos naturales. La tala indiscriminada de los bosques, el avance de las fronteras del desierto, la degradación de los suelos, la disminución de las reservas de agua y la biodiversidad y la contaminación de ríos, lagos y mares, son problemas pendientes para muchas de nuestras naciones. Hoy sabemos que la naturaleza no acepta pasivamente las alteraciones producidas por el hombre, por lo que no podemos seguir improvisando en un tema tan relevante para la sustentabilidad de nuestro desarrollo.

Es urgente entonces adoptar medidas que permitan explotar nuestros activos naturales sin destruir el entorno y sin agotarlos de una sola vez. Debemos conservar el medio ambiente para asegurar la salud y una condición de vida socialmente aceptable, ya que constituye un derecho irrenunciable para toda persona humana.

Pero, ¿por qué si en algunos casos contamos con respuestas técnicas a muchos de estos desafíos, no hay una consecuente y efectiva aplicación? ¿Por qué no hemos logrado mayores éxitos luego de aplicar tantos esfuerzos humanos y económicos en esta tarea aparentemente lógica y tan simple?

Tal parece que las grandes dificultades surgen de la vida social y política de nuestros países y región.

Requerimos entonces, que el rigor de la ciencia y el conocimiento faciliten a las naciones la elaboración de políticas que definan en forma clara, los estándares de un comportamiento ecológico compatible con la necesaria modernización y el desarrollo económico de nuestra región. Nuestros países requieren fomentar y apoyar las inversiones en obras de regadío, en programas de fertilización y enmiendas de suelos y recuperación de praderas; en estudiar formas que permitan una explotación sustentable del bosque nativo y procedimientos que aseguren la conservación de nuestras áreas silvestres protegidas, en la forestación de suelos erosionados y en la protección de la fauna y flora en peligro de extinción.

Sin embargo, estamos también conscientes de que muchas de estas consideraciones ambientales, si no responden a nuestros niveles relativos de desarrollo y son impuestas por instancias ajenas a la realidad local, pueden significar altos costos para las naciones en desarrollo, especialmente si son usadas como barreras que implican frenar el crecimiento de los países. Una economía con rostro humano debe encontrar un punto de equilibrio entre el crecimiento y el cuidado y protección de sus bienes naturales, única forma viable en una perspectiva de largo plazo, que asegurando la sustentabilidad del crecimiento genere abundantes cosechas para todos.

Por otro lado, es cuestionable que naciones que durante más de un siglo han basado su bienestar en patrones de crecimiento poco amigables con los equilibrios ecológicos, exijan hoy que los países más pobres deban asumir por sí solos estos costos, y más aún, se les pida ser los "pulmones verdes" del mundo.



Se hace, entonces, perentoria la cooperación internacional, el simple ejercicio de compartir, aprender y crecer juntos. Nuestra América tiene una historia común y nuestro futuro también está indisolublemente hermanado. Nuestras intenciones y propuestas deben dar paso a una mayor decisión para actuar juntos y concertados. Debemos realizar mayores y mejores esfuerzos para corregir nuestras dificultades. Los modelos de desarrollo deben ser sólidos, es cierto, pero también flexibles para permitir una discriminación positiva en función de criterios de equidad y de sustentabilidad.

Tenemos derecho, y aún más, el deber de ser optimistas sobre nuestro futuro común. Pero no por esto podemos pecar de ingenuidad y subestimar la dimensión de los desafíos y exigencias a enfrentar. Esta es la hora de redoblar nuestros esfuerzos de trabajo, creatividad y sobre todo cooperación. Es indudable que la competencia

despierta la iniciativa del ser humano, pero soy un convencido de que ésta también permite significativos espacios para la colaboración.